VANITAS VANITATIS: LAS FERIAS DE MADRID*

Salvador García Castañeda
The Ohio State University

«Cada uno cuenta de la feria según le va en ella», dicho popular.

El 18 de Abril de 1447 el rey Juan II otorgó a Madrid la celebración de dos ferias anuales de quince días cada una. Desde entonces, favorecidas por los privilegios de otros monarcas, estas ferias ocuparon diversos lugares de la villa, hasta que se trasladaron a la Plaza Mayor. Se vendían allí frutas y objetos nuevos o usados muy diversos, y fueron durante varios siglos una popular atracción de la vida madrileña hasta ya entrado el siglo XX[1].

---

* Una versión reducida de este trabajo fue leída en la *60th Kentucky Foreign Language Conference*, University of Kentucky, en abril de 2007.

1. Las ferias se instalaron en un principio en la puerta de Guadalajara, que estaba a la altura de la confluencia de las calles Mayor y Milaneses, y en las puertas de la Vega y de Segovia. En el primer punto se vendía fruta y en los dos últimos, animales y caballerías.
   En 1463 Enrique IV concedió un privilegio para celebrar un día semanal de mercados en el que no había que pagar alcabalas, en el Campo del Rey, situado junto al Alcázar. Dos años después se trasladó a una explanada que Felipe II convirtió en la Plaza Mayor.
   En el siglo XVI se trasladó a esta plaza la feria de San Mateo, llamada así por celebrarse el 21 de septiembre y duraba más de 15 días. La Plaza Mayor se convirtió en el primer recinto ferial de Madrid. Flanqueda por las Casas de la Panadería y de la Carnicería, a la actividad comercial permanente se sumaba en la segunda decena de septiembre la colocación de puestos y cajones en los que desde la una de la tarde al anochecer se vendían desde tapices a cacharros de cocina. La afluencia de vendedores llegó a ser tal que a mediado del XVIII, éstos fueron agrupándose por gremios en otros puntos. En 1790 había libros y muebles viejos en la plaza de Santo Domingo, y en la Plaza de la Cebada, desde sillas a esteras.
   La feria de San Mateo se unía a partir del 29 de septiembre con la de San Miguel y en ella se vendían objetos usados, muchas veces carentes de valor. Hasta 1809 la mayor parte de los puestos estaba en la Plaza de la Cebada (alfareros de Alcorcón, cuchilleros, libreros, prenderos o vendedo-

Desde antiguos tiempos, a lo menos desde fines del siglo XVI, hasta principios del pasado siglo, en que dejaron de existir en su forma tradicional, atrajeron la atención de muchos escritores y artistas, con varios de cuyos testimonios contamos hoy[2]. Aquellas ferias eran básicamente una combinación de lo que son hoy nuestros mercados callejeros, las almonedas y el Rastro, que describió Torres Villarroel con desgarrado barroquismo: «por la Plazuela de la Cebada, calle de Toledo, y por los demás sitios donde todos los años, por estos días amanecen ahorcados los arambeles roñosos, las varatijas viejas, los cacharros podridos, y otros cachivaches y ferramentos sucios, y arrastrados, que con infamia y desprecio de las monerías flamantes, y alhajas preciosas, han dado en Madrid en llamarlos las *Ferias*.»(Torres Villarroel, 1764:13).Una graciosa décima anónima del siglo XVIII que se conserva, manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid[3], y que creo publicar aquí por primera vez, detalla expresivamente lo que podía encontrarse en ellas:

Cacharros, Esteras, Pitos,
Escobas, Palas, Horquillas,
Mesas viexas, coxas Sillas,
Con Armarios infinitos.
Dominguillos mui bonitos
Todos puestos con ardid.
Ropas del tiempo del Cid,
Avellanas, Cuernos, Frutas,
Muchos Pillos, muchas Putas
son las Ferias de Madrid.

---

res de fruta). En 1809 pasaron al paseo del Prado pero regresaron al cabo de cuatro años. A partir de entonces ocuparon lugares diversos.

2. Entre los ejemplos de obra gráfica estarían «La Feria de Madrid en la Plaza de la Cebada» hacia 1770-1780, de Manuel de la Cruz (Molina, 129); el cuadro «Las ferias de Madrid» de Francisco de Goya; el grabado con el mismo nombre de la edición de las *Escenas Matritenses por el Curioso Parlante* (Madrid, Ignacio Boix, 1845); dos viñetas dedicadas alas Ferias en el pliego de aleluyas «Escenas matritenses. Peligros y costumbres de Madrid». El pliego da comienzo con la advertencia «El que en Madrid no haya estado / o sus costumbres no advierta, / al paso que se divierta / ponga atención y cuidado»; los grabados «The Plazuela de la Cebada» (p. 113) y «The Annual Fair in the Plazuela de la Cebada» (entre las pp. 116 y 117), en *Life and Manners in Madrid 1750-1800* de Charles E. Kany, y un grabado del cartel de Ferias de 1850 en Iris M. Zavala, «La Literatura: Romanticismo y Costumbrismo», *Historia de España Menéndez Pidal*, dirigida por José María Jover Zamora, Tomo XXXV. *La época del Romanticismo 1808-1874*, p. 103.
3. «Definición de las Ferias de Madrid en una Décima», Anónimo. «Papeles curiosos manuscritos». Siglo XVIII (h. 102r). Ms/10955.

Además de esta descripción hay otra semejante, anterior a 1816[4] de Francisco Gregorio de Salas quien concluye discretamente su enumeración refiriéndose a «otras cosas que no digo, / porque ya las saben todos.» Quienes escribieron después vieron de manera semejante el ambiente de las ferias y lo que ofrecían. Sus obras revelan curiosos aspectos de la sociedad madrileña del tiempo, sus usos y costumbres, sus tipos y escenas y, muy especialmente, las reflexiones moralizadoras de sus autores. A alguno de estos aspectos pretendo referirme ahora. Las obras mencionadas aquí abarcan desde el último tercio del siglo XVII con la comedia de Lope de Vega, *Las ferias de Madrid* (1585-1589) hasta fines del XIX.

La atracción que siempre ha ejercido la Corte sobre los forasteros y los peligros que les acechan tienen una larga trayectoria que según Correa Calderón (1964: XII-XIII) se remonta al siglo XVII. En los casi tres siglos que van desde la aparición de *Guía y Avisos de forasteros* (1620) de Liñán y Verdugo hasta *Libro de Madrid y advertencias de forasteros* (1892) de Manuel Ossorio y Bernard, ha visto luz una considerable cantidad de obras cuya intención es prevenir contra esos peligros, trampas y engaños de la Corte a los incautos, que suelen ser pueblerinos o jóvenes provincianos tan asombrados por los encantos de aquella como inocentes de sus asechanzas (Fontanella, 1976; García Castañeda, 1996: 171-178).

En la «Jornada Primera» de *Las ferias de Madrid* de Lope de Vega, unos caballeros galantean a unas damas tapadas ante los puestos de los mercaderes. Parece que era costumbre establecida que los hombres «feriasen», es decir, regalasen a las mujeres alguna cosa de las que estaban a la venta, costumbre que despertaba la ilusión de las damas y los galanes pues el feriar daba ocasión a conocerse, a posibles noviazgos y matrimonios, a citas secretas, y a burlar a maridos y amantes. Si se encontraba a una dama conocida era obligado feriarla, al menos, con algunos dulces, pues no hacerlo sería descortés, y la esposa, familiares femeninos, amigas y niños reclamaban, «Dadme ferias,» como algo obligado. Tan establecida estaba la costumbre que Paula, un personaje de un sainete de don Ramón de la Cruz, responde a un obsequioso galán, «Por mí / ninguna cosa escogiera; / pero como ya es estilo / que un sujeto que corteja / a una dama la regale / en este tiempo de ferias…» (Cruz, 1767: 393). La variedad y la riqueza de las mercancías expuestas, exacerban los deseos de lujo, y Vicenta, que parece ser una criada, gasta el poco dinero que tiene en un broche de plata

4. «Definición de las Ferias de Madrid», *Colección de epigramas y otras poesías críticas, satíricas y jocosas*, Madrid, Repullés, 1819, 3ª ed., pp. 127-128. No conozco la primera edición de estas poesías, en la que quizás aparecería ya esta décima.

con piedras «de Francia» mejor que en una camisa pues, como dice, de ésta «no se ven más que las mangas» (Cruz, 1776).

Como es de preveer, la costumbre se prestaba a éxitos y fracasos amorosos, a entretenimiento de ociosos, a bromas y engaños. Villalba afirma que «había muchas [señoritas] en la Feria, que no solían cenar aquellas noches más que una media chica de avellanas, o una tajada de sandía, si había quien se la regalase» (Villalba, 56), y algunos jóvenes petimetres que «no conocen sino muy rara vez al Rey por la moneda; de modo que hay de éstos que no saben contar un real de plata, y esos cuartos que traía acaso se los habría dado su madre para que comprase algún muñeco o algunas sonajas»(Villalba, 60).

Visitaban las ferias numerosas jóvenes casaderas, «las muchísimas encantadoras cursis en edad de merecer que andan de acá para allá, seguidas de sus madres o empresarias, en busca de un mediano casamiento,» como escribiría Alarcón a fines del siglo XIX (Alarcón, 56), así como casadas que, cubiertas con la mantilla aprovechaban para ir en busca de aventuras o citarse con sus amantes. Un personaje de don Ramón de la Cruz pensaba que «la mujer casada / que con otro va a la feria / sino se vende, a lo menos / pone a su marido en venta» (Cruz, 1773). Otras mujeres admitían los obsequios de los hombres sin concederles nada y un donjuanesco viejo verde que se había gastado más de mil reales de plata con las «buenas mozas» de las ferias, se negaba a comprar lo más necesario para su casa y advertía a su mujer que «Con dos escobas de palma, / seis platos y cuatro ruedos, / está surtida la casa / para todo el año». Un ejemplo extremado de engaño picaresco a costa de la galantería masculina es el de Polonia, quien aparece varias veces en escena cargada de «tazas, platos, jícaras y vasos» y cuando un conocido le pregunta que cómo compra tantos, le dice que todas las mañanas va a las ferias, los hombres «me siguen; yo no los miro, / ni respondo si me hablan;/ y cuando veo que es hora, / llego haciendo la zanguanga / a una tienda; lleno bien / el lienzo de zarandajas, / se empeña el hombre en pagar, / acepto, y cojo la rauta / cuando puedo; cuando no, / les digo, muy asustada, / que es mi marido cualquiera / que hay allí de mala cara, / y a los que, más atrevidos, / me preguntan la posada, / les doy números distintos / de guardillas en la plaza, / y les cito entre dos luces, / que es la hora proporcionada / para que suban de hocicos,/ y luego bajen de espaldas». Añade que no lleva a los hombres a las tiendas de alhajas y vestidos pues no entrarían en ellas, y que con tanta vasija piensa «poner una tienda / de vidriería mediana, / tengo ya vajilla y vidrios / asegurados, que pasan / de valor de tres mil reales», y así «puedo vivir honrada, / a costa de aquellos tontos / que desperdician su plata» (Cruz, 395).

En cambio, había otras mujeres que aprovechaban aquellos días para ejercer una prostitución más o menos velada. Como se recordará, la décima anónima citada más arriba se refería a los muchos pillos y las muchas putas que andaban por las ferias, Francisco Gregorio de Salas insinuaba lo mismo, Cruz dejaba entrever que una madre acudía a vender «la verguenza de su hija», y que unas muchachas apostadas junto al puesto de un buhonero francés estaban allí para lo mismo[5]. Mesonero Romanos contaba que una «muchacha como una perla» pidió a su «tía» que le comprara unos caramelos delante del narrador[6]. Este la acompañó y la hizo varios regalitos pero un amigo le advirtió de la «profesión» de la niña y el narrador les dio esquinazo. En fin, concluye filosóficamente "El Curioso Parlante", las ferias de Madrid se reducen a «libros, muebles y busconas; con el bien entendido, que no es menester fiarse ni del forro de los primeros, ni del brillo de los segundos, ni del vestido de las terceras pues allá dentro sabe Dios lo que se halla encubierto». Y en *El viaje de un curioso por Madrid* (1807) relataba Eugenio de Tapia no pocos encuentros sentimentales, eróticos o galantes en las Ferias que habían concluído con el engaño de forasteros inocentes y con la deshora de muchachas crédulas.

Y antes de pasar adelante advertiré que tanto la comedia de Lope como el libro de Villalba y los sainetes de Ramón de la Cruz ilustran aquí la conocida antipatía y desconfianza con que los españoles miraban a los mercaderes, artesanos y feriantes extranjeros, principalmente franceses, que recorrían el país «para quedarse con el dinero de los españoles», según la voz popular. En su enumeración de las cosas que se venden en la feria, el autor de *Vagatelas* critica también la falta de protección a la industria nacional, un tema presente siempre en la obra de los críticos y moralistas del tiempo, pues favorecía la importación de mercancías extranjeras, incluso de los juguetes, caros y malos, que llegaban de Alemania.

A las Ferias acudía también gente foránea como los paletos recién llegados del pueblo, los gallegos y un andaluz, tipos todos de carácter cómico en la galería costumbrista. Como se recordará, debido a la inseguridad, a los malos caminos y a un sistema de transportes lento y defectuoso se viajaba entonces más por necesidad que por placer. Por lo general, quienes vivían en la Corte apenas conocían la vida en las provincias y aun en los pueblos vecinos y solo estaban familiarizados con quienes llega-

5. En su edición de los *Sainetes de don Ramón de la Cruz*, Cotarelo señaló las correciones del censor de algunas frases de doble sentido en el texto original de *El mercado del lugar.*

6. «Capítulo XII. Septiembre. Academia y Ferias», en *Mis ratos perdidos*. Primera época (1832 a 1836), *Obras*, I: 31-32. Parece que era un truco acostumbrado, y el autor vuelve a referirse a él en «Las Ferias», *Escenas matritenses.*

ban a Madrid en busca de trabajo. Estos solían ser gente rústica y pobre cuya incultura, costumbres, modo de hablar y de vestir les confería una otredad que atraía la condescendencia humorística de los escritores de costumbres.

Un viejo tópico literario, relacionado con el del campo frente a la aldea, es el de la llegada del pueblerino a la ciudad, quien relata sus aventuras y desventuras de palabra o por carta, en un lenguaje lleno de incorrecciones y barbarismos que aumenta la comicidad del relato, o a través de un narrador. La inocencia de éstos linda con la tontería; se escandalizan o se ríen de todo lo que no entienden, interpretan equivocadamente lo que ven y reaccionan con candidez y con alarma ante lo desconocido. Los de la comedia de Lope, se asombran, regatean, compran poco, sufren los golpes y las bromas de unos golfillos callejeros y las asechanzas de un ladrón. Uno de estos rústicos concluye que «¡El Diablo es este Madril! / ¡Voto al sol, que hay mala gente!». Bartolo Pichón viene a caballo desde Valdeajos, su pueblo, a casa del narrador para ver las Ferias «porque los que vienen de acullá nos cuentan unas paxarotas, que déxalo: y uno se está con la boca abría oyéndolos, sin poder chistar; porque, amigo, los que estamos aquí en las Aldeas semos unos salvages». Ya en Madrid, le sorprende que los muchachos y las jóvenes vayan del brazo porque «esas agarraduras no mus parecen bien a los de los lugares», y se extasía en un café con las bebidas y sorbetes que allí sirven (Villalba, 9-10). Los que observa el autor de *Vagatelas* tocan, regatean y concluyen por comprar en las Ferias, «el importe de una peseta, a lo más, medio duro» (40). Y al ver lo que gastan las damas elegantes en menudencias calculan que con aquel mismo dinero podrían vestirse aquel invierno, o casar a sus hijas (43).

Las provincias del Norte eran tierras exóticas por su arcaismo, rusticidad y lejanía, y la mayoría de los madrileños tan solo conocía a los mozos de cuerda, aguadores y cocheros asturianos y gallegos, a los arrieros maragatos y a las amas de cría pasiegas, gente toda que, como escribe Ucelay, refiriéndose a los tipos recogidos en *Los españoles pintados por sí mismos,* »están presentados desde un ángulo que linda en lo grotesco, como carentes de toda gracia y gallardía» (Ucelay, 151). En cambio, hacia finales del siglo XVIII la capital estaba orientada culturalmente hacia el Sur y los madrileños admiraban las costumbres de las clases bajas andaluzas, sus gustos, su música, su manera de vestir e incluso su modo de expresarse, y esta idealización les llevó a representarles llenos de majeza y garbo. A reforzar los estereotipos contribuyeron la literatura, especialmente el teatro, las pinturas y dibujos de carácter «costumbrista» y las aleluyas que representaban tipos regionales con su atuendo característico (García Casteñeda, 1999-2000: 19-33; VV.AA., 1999).

Villalba «recoge» una breve conversación en la lengua convencional de dos gallegos en las Ferias, que revela su escasez de medios:

> Mira, home ¿quieres vestirte de pes a cabeza? Imos al Rastro, y veras alí qué baratura. El outro día comprou Tanasio un vestido enteru de militar por douze reales. ¿Y era bo?, replico el otro. Bien tratadiño estaba, respondió el compañero; pero a fortuna grande fu outra tarde, que por dois reales y medio comprou Bartoliño el de Porta Cerrada una chupa y calzón de grana tan hermoso, y nuevecito, nuevecito. (Villalba, 60-61).

El mismo autor nos lleva al Museo de «la Historia Natural», donde unos soldados y unas lugareñas, escuchan boquiabiertos a un ingenioso cabo de escuadra andaluz, alguna de cuyas explicaciones no puedo menos que citar aquí:

> Muchachos, ve aquí el Alifante, veis que grande ques; puez más grandez loz he visto yo. Allá en Orán regularmente no usamos de otras cabalgaduraz quando vamos a dar caza a loz Moros. Hay Alifante que tiene más de cuarenta varas de alto, y otras tantaz de largo. […] quando noz embarcamos nozotros para la isla de Costantinopla, se puzo un Alifante desde Gibraltar hasta Cáiz, y todo mi Regimiento pazó por encima del hasta el Puerto, por no haber por aquel entonces barcos que nos llevaran. ¿Y cómo se tenían en el agua? dixo una mujer. Calle vmd., Señora, no zea vmd. simple, dixo el Cabo ¿no ve vmd. que eztos animalicos zon como el Cochino, que desde el vientre de zu madre zaben ya nadar? (Villalba, 45-49).

(La anécdota podría haberla contado Estébanez Calderón y revela el ingenio y travesura de este andaluz, digno antepasado del sevillano Manolito Gázquez).

Otros tipos de gran raigambre popular ya desde la Edad Media eran los ciegos, como el del *Lazarillo,* que se ganaban la vida recitando oraciones y, sobre todo, tocando algún instrumento, cantando y vendiendo aleluyas y romances por ferias, calles y mercados. Tenían la reputación de ser gente maliciosa, avisada y discreta pues servían de intermediarios para asuntos varios, algunos de índole política o amorosa y, según los moralistas, escandalizaban con los asuntos de sus coplas, *relaciones* y romances. Aunque hay numerosos estudios acerca de los ciegos y de su destacado papel como transmisores de las obras de cordel, algunas de las obras estudiadas aquí aportan varios testimonios de interés para los estudiosos de la literatura po-

pular[7]. Así, Villalba oyó cantar a uno «con una voz cascarrienta y narítica convidando a ladrar a todos los perros, y a maullar a todos los gatos de la comarca» dos coplas del tiempo, una piadosa, «Al negocio del cuerpo / va todo el mundo, / y al negocio del alma / no va ninguno», y otra de intención maliciosa, «Cuando los ciegos entran / en una casa, / por tentar a las sillas / tientan al ama». Con el espíritu moralizador propio de los ilustrados, escribe el mismo Villalba que

> Estos ciegos no ven el daño que suelen causar con sus canciones en la gente joven que los escucha, y así se desbordan a veces, y cantan tales disparates que es preciso taparse los oídos» y, a la vez, describe muy acertadamente el asunto de sus romances y sus coplas que «suelen ser de chascos sucedidos con criadas de servicio y con los lacayos; bodas ridículas hechas entre amos y criadas; pendencias de amantes y señoras, todo en un estilo chavacano y claro, y introduciendo tal vez a personas de religión y de carácter. Y como los muchachos son aficionados a oir todos estos chistes, los están escuchando con la boca abierta, y sin sentir se van tragando unas máximas poco conformes a la educación cristiana que debían tener (Villalba, 23-24).

En la zarzuela *Las Ferias de Madrid*, cuya acción ocurre en 1878, Narciso Serra incluye otras dos coplas: «Esta tarde en la feria / entre el bullicio, / una niña bonita / se ha escabullido; / y unos señores, / la encontraron comiendo / melocotones», y «Había esta mañana / en un barato, / medio par de calzones / de maragato; / los compró un sastre, / y sacó sin la sisa / catorce fraques.» (Serra, 11).

"El Curioso Parlante" describe muy detalladamente la escena de una multitud de curiosos en la Plaza de la Cebada que rodeaba a otro ciego encargado de un tutilimundi, que era entonces un popular espectáculo callejero, quien tocaba un tamborcillo para acompañar sus explicaciones y comentaba maliciosamente:

7. Sobre los ciegos y los romances llamados «de ciego» hay abundante literatura. Destaco el *Ensayo sobre la literatura de cordel* de Julio Caro Baroja (Madrid: Istmo, 1991) y los artículos de Jean-François Borrel, «Les aveugles colporteurs d'imprimés en Espagne. I. La confrérie des aveugles de Madrid et la vente des imprimés du monopole a la liberté du commerce (1581-1836), *Mélanges de la Casa de Velázquez*, X (1974 : 233-271). Hay versión española de estos artícuylos en *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1965, pp. 15-148.

> ¡Cuántos platos y pucheros, y qué poco que comer, cuántos servicios y qué pocos méritos; cuántos libros y qué pocos que lean! *Tan tan...* Observen ustedes ahí a la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detrás no es el criado, que es el marido... *Tan tan*… Vean ustedes qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que a su padre no… *Tan tan*… («Las Ferias», 1832: 115-118).

Y otro ciego explica las figuras que aparecen en otro tutilimundi:

> Ahí verán ustedes, caballeros, el baile de Mariquita la pelona, la Bigotuda, que para mudarse la camisa se la ponía del revés (Serra, 10).

La accesión de los Borbones al trono y la expansión de la ideología ilustrada facilitaron en España el proceso civilizador que comenzó a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Civilizar, a nivel político y filosófico, era sinónimo de implantar las reformas necesarias para el progreso del país y fomenter para ello la educación y la cultura. Parte de este proceso fue la asimilación de nuevas modas y costumbres extranjeras, en especial de la vecina Francia, que contrastaban violentamente con las propias de la España religiosa y tradicional.

Con la gran mayoría que no había alterado sus costumbres convivían otros grupos sociales cuyo comportamiento y formas de vida representaban los nuevos usos. Aspectos destacados de ellos fueron la moda y el lujo pues «la necesidad de construir una imagen pública de cara a los demás era el modo de entrar y participar de la nueva sociabilidad» (Molina, 98). Pero la falsedad de las apariencias llevó a confundir las clases sociales; ahora se juzgaba a los individuos sobre todo por su apariencia, a través de su indumentaria y de sus adornos, que indicarían su nivel económico y social aunque no su nacimiento.

Representantes destacados de los nuevos usos fueron los petimetres y las petimetras, a quienes caracterizaban la ociosidad, la banalidad y la falsedad de su apariencia. Fueron repetidamente blanco de las críticas y las burlas de sus contemporáneos, y de ellas han llegado hasta nosotros abundantes pruebas gráficas y literarias. Las obras de fines del XVIII que examinamos aquí ofrecen detalladas y curiosas descripciones de aquellas costumbres, ropas y objetos suntuarios[8].

8. Merecen especial atención tres novelitas publicadas en Madrid, *Mis vagatelas, o las ferias de Madrid, mueble de moda, especialmente para las damos y petimetres literatos*, que apareció anónima en 1791, *El tiempo de ferias, o Jacinto en Madrid. Novela moral, en la que con motivo de pintar lo*

Refiriéndose a la extravagancia y a la ostentacion de quienes pertenecían a las clases altas, o lo aparentaban, Villalba escribía en 1790 que los peinados eran

> tan horrendos que por no caber en el hueco de la caxa [del coche, las señoras] tenían que llevar encogido el pescuezo […] no son canastillas, ni cestas; son los peinados que se estilan ahora; y esos que llevan se llaman *turbantes de amor*: otros se llaman *sombreros a lo Caliostro*, y otros a la *Sacerdotisa de Venus* (Villalba, 14)[9].

Tres años despues se estilaron grandes abanicos:

> La gran moda de los Pericones estuvo en su fuerte el verano pasado, no se veía otra cosa en la Feria que grandes abanicos de a bara: muchas Aldeanas le lucieron maravillosamente: sacaron los costosos abanicos de sus visabuelos, y se hallaron a la moda; los mercaderes no fueron a buscarlos a los almacenes extranjeros, los encargaron a los lugares, se abrieron los arcones, los escaparates de marfil y ébano, y hubo abundante provisión. La moda ha decaído algún tanto: ya está moderada. Espero ver muy pocos Pericones en las Ferias; pero para instrucción de las Señoras no puedo menos de advertir que un petimetre residente en Inglaterra escribe a uno de Madrid que es moda entre las Señoras Inglesas llevar colgado de la muñeca un gran Pericón verde de a bara, que les sirve para resguardarse del sol ¿Pasó la moda de Madrid a Londres, o vino de Londres a Madrid? (*Jacinto,* 77-78).

En 1796,

---

que ocurre en las ferias se manifiestan los peligros que rodean a los jóvenes y ricos en las cortes y poblaciones grandes, también anónima, de 1793, y *El ropavejero literario en las ferias de Madrid. Obra tan útil como las más, y tan inocente como pocas*, obra de un tal Desiderio Cerdonio (obviamente un seudónimo), que se publicó en 1796. Parece que las tres proceden de una misma pluma; *Vagatelas*, está dedicada a describir las Ferias, *Jacinto en Madrid* cuenta principalmente la historia de este personaje y apenas habla de las ferias y los once primeros capítulos de *El ropavejero literario* reproducen los correspondientes a *Vagatelas*, mientras que desde el capítulo XII hasta el final (XXXVI), corresponden a *Jacinto en Madrid*, sin más variantes notables que el cambio de título de los capítulos y los nombres de los protagonistas. A juzgar por los prólogos, se publicaron en época de Ferias con el probable fin de beneficiarse con la oportunidad de su aparición. El otro fin era, principalmente, la oportunidad de moralizar a que tales ferias daban lugar.

9. Molina (figuras 52-54, 138-139, y 58 y 59, p. 141) reproduce varios modelos de sombreros de mujer correspondientes a la moda de 1785-1789. En su artículo «Luxury. Consumption and Desire: Theoring the Petimetra», Rebeca Haid contrapone la construcción cultural de la petimetra al ideal patriarcal de la madre y esposa sumisa, dedicada al cuidado de su familia. Las nuevas corrientes filosóficas permitieron a la mujer abandonar el encierro del hogar y participar en la vida pública, y las galas y joyas serían el reclamo para atraer las miradas y ser tenidas en cuenta en el nuevo orden social (1999: 34).

> Una señora de aquellos tiempos parecía una prendería o una tienda de mercader, desde los pies hasta la cabeza estaba cargada de pedrería, de galones bordados de oro y plata, de telas fuertes de seda, que formaban un peso enorme que agobiaba y no dexaba moverse a quien las llevaba (*Ropavejero* 108).

El mismo Villalba describe un petimetre a la moda de 1790 como

> un chisgarabís, con un sombrero tan grande como el de un púlpito, unos calzones tan estirados, que parecía habérselos metido con calzador, dos cadenas de relox, que podían servir para llevar galeotes a presidio, unas evillas de tres toesas de largo, una guirindola o chorrera, que podía bastar para colgar una Iglesia, y un corbatín de que podía muy bien hacer una mantelería para toda la comunidad de San Francisco: la cara aplastada, cuadrilonga, prolija de narices, lacónica de cejas; y, en fin, parece que le había robado las facciones a algún carnero: cada palabra era un solecismo, cada expresión era una ridícula oferta a las Señoras que acompañaba, y cada movimiento era un derretido obsequio… (Villalba, 58-59).

El autor del *Ropavejero* pinta al barón de X, cuya ropa era del mejor gusto, con «el talle alto y bien estrecho, el chaleco corto, los calzones [faldones?] larguísimos, las medias de manchas de mil colores, solapas grandes, pañuelo al cuello con un lazo bordado de tres colores» (Desiderio Cerdonio, 109). En la misma obra, el protagonista Leandro se vio en gran apuro cuando se le deshizo la corbata «y sus puntas, que según la moda, debían caer no más que hasta ocho dedos debaxo de la barbilla, es decir, al medio del pecho, baxaron a la mitad del vientre, sirviendo de fleco al chaleco» (Desiderio Cerdonio, 77).

Según estos autores y los demás que escribieron en la segunda mitad del siglo, quienes formaban parte de aquella sociedad vivían disociados del resto de sus compatriotas, a los que miraban con desdeñosa superioridad, estaban pendientes de las novedades que llegaban de fuera y se expresaban con un afectado remedo linguístico del francés. Una «petrimetrísima» confía a dos amigos que halla

> un no se qué de tosco y grosero en las producciones nacionales, que solo me elastizan las ideas e inventos de los Extranjeros, tanto para la mesa, como para el ornato exterior. Todo lo ultramarino y forastero tiene para mí un ayre elegante y vigoroso, que me hace concebir un soberano desprecio por todas las cosas que sirven al uso de la baxa plebe; y así todo lo que no viene de París, Londres o Ámsterdam es para mí enteramente contemptible (*Villalba,* 11-12).

En tiempo de Ferias, uno de estos jóvenes que acaba de comprar un virlocho inglés[10], recoge a sus amigas, que le esperan «vestidas en traje de mañana, mantilla, basquiña negra con encajes y flecos, haciendo las tapadas, y mirando al través de los encajes»(*Ropavejero,* 98), es decir, de manera elegante pero sencilla, con ropa, en cierta manera, propia de mujeres de las clases populares. Recorren la feria y compran dulces y confites, ríen, critican, se divierten. El gran concurso de gente que acudía a las Ferias daba ocasión a los petimetres para lucir «su airoso talle y costoso adorno» y asistían a ellas todos los días (*Vagatelas,* 49-50). Pero estas visitas tan solo alteraban temporalmente las ocupaciones diarias de estos personajes. Bajo el título «Diario de un petimetre» el autor cuenta cómo Jacinto

> pasaba la mañana, parte en el tocador peinándose, vistiéndose, adonizándose, parte en el estrado disputando sobre bagatelas, diciendo graciosas niñerías, contando algunas noticias del día, haciendo reir con algunos chistes. Al medio día iba a la Puerta del Sol. Esto era indefectible. Siempre había algún traje nuevo con qué lucirlo, y llamar la atención. Atravesaba por en medio de los corrillos que allí se forman, miraba los carteles de la Opera, de la Comedia, pasaba rápidamente la vista por la multitud, se ponía en el mejor paraje para ser visto, se juntaba con algunos conocidos, decía cuatro chanzas, y a las dos se retiraba precipitadamente a comer.
> ¿A su casa? No, unas veces a la Fonda con cuatro aduladores, que le pagaban su garbosidad con obsequiarle, alabarle, aplaudirle por delante, murmurar y reírse de él por detrás; otras, a casa de algunos jóvenes tan ricos, y tan gastadores como él. La comida duraba hasta bien tarde. Se levantaban de la mesa para jugar un rato, en tanto que se disponía el ir a la Comedia, a la Opera, al bayle o a la Feria. (*Jacinto,* 28-29).

Otras veces acudían a la elegante casa de Filis en cuyos bellos y cómodos gabinetes comían a la inglesa, lo que hizo exclamar admirativamente a una de las presentes: «Se conoce que tu marido ha estado en Londres, antro del gusto y de los placeres» (*Ropavejero,* 112).

La larga sobremesa queda interrumpida con la llegada del Maestro de música de Filis, un joven muy afectado que da muestras de su viveza cantando una canción nueva y tocando otra en el piano, luego «criticó todos los actos de la Opera, las piezas representadas, la Música, los Autores,

10. Birlocho: «Carruaje ligero y sin cubierta, de cuatro ruedas y cuatro asientos, dos en la testera y dos enfrente, abierto por los costados y sin portezuelas» DRAE. Como advierten Molina y Vega el consumo por la nueva clase elegante de los artículos fabricados en el extranjero y el desprecio por los nacionales afectó a la industria española y originó la promulgación de Reales cédulas que prohibían la importación de tales géneros. A fomentar estos gustos contribuyeron los anuncios en la prensa y revistas francesas como *Gallerie des Modes et Costumes Francais*, e inglesas como *The Ladie's Magazine*.

los Ejecutores; también murmuró algo, todo en dos minutos» (*Ropavejero,* 113). Vino después el Maestro de Bayle, quien dio muestras de «la misma superficialidad, la misma ligereza, el mismo mérito» (*Ropavejero,* 114). A las cuatro de la tarde se retiraron todos pues a Filis la esperaba su peluquero. Lo bien recibidos que son ambos maestros y su activa participación en la tertulia revela la importancia que habían adquirido quienes, como ellos, las modistas y los peluqueros tenían a su cargo proveer los servicios requeridos por la moda y las costumbres del día.

Las conversaciones revelan la estrechez de miras, los prejuicios y la falta de curiosidad de aquella gente. En una tertulia se disputa sobre si las cintas de la prenda llamada Mahonesa favorecerían más de color de azucena o de color de rosa y después de una hora de disputa la cuestión quedó pendiente de la decisión de una modista (*Ropavejero,* 77)[11]. En otra reunión se aburren pues no han salido nuevas modas desde hace un mes, y lo único digno de mencionarse es que el barón de X ha perdido su reputación de elegante por llevar un peinado que ya no se usa.

La misma superficialidad revela su actitud en la ópera y en las funciones teatrales, a las que acuden para hacerse admirar y ver a sus amigos, con los que conversan en voz alta y ríen para llamar la atención pues no es de moda escuchar (118). Todos ellos están muy conscientes de estar representando un papel ante la sociedad y así fingen interés, amor, amistad o, como escribe el autor de *Ropavejero*, «un mal humor que, imitando a los ingleses llamamos Splinn [sic]» y con el que nombran sus más ligeras desazones (*Ropavejero,* 23).

La gran cantidad de puestos que ocupaban la Plaza Mayor llegó a ser tal que a mediados del siglo XVIII los vendedores se dispersaron por gremios en diversos puntos de la capital. En 1790 los libreros de viejo fueron a parar a la Cuesta de Santo Domingo, hacia 1809 ocupaban la Plaza de la Cebada junto con los de muebles y ropa, y a mediados del siglo, en 1858, se trasladaron al paseo del Prado, frente al Jardín Botánico. Como el Director de esta institución protestase por el aspecto de los tenderetes, pasaron en 1924 a la cuesta de Moyano por orden del Ayuntamiento de Madrid.

Los testimonios de que disponemos en varias de las obras estudiadas aquí acerca de los gustos literarios del tiempo me parecen de gran interés pues abarcan la época de transición desde el neoclasicismo al romanticismo de los tiempos de Mesonero. Parece que había bastante gusto por los libros, a juzgar por la gran cantidad de curiosos que rodeaban los puestos, comen-

11. La lectura de estas obras recuerda constantemente al Cadalso de las *Cartas Marruecas* y de *Los eruditos a la violeta*, tan crítico de señoritos aflamencados e inútiles, y de «tanto erudito barbilampiño, peinado, empolvado, adonizado, y lleno de aguas olorosas».

taban y hacían sus compras. Entre ellos menciona el autor de *Vagatelas* a «los petimetres de la literatura, pues también en la literatura hay petimetres, y Eruditos a la Violeta, dos nombres quasi sinónimos», quienes «haciendo mil estudiadas contorsiones, meneos, corcobos y gestos […] incomodando y trastornando a todos», se entrometían en los corros que rodeaban los puestos, creían con una suficiencia comparable a su ignorancia que un cuadro de Ribera era obra de Rafael; revolvían entre los libros [*Vagatelas,* 20-21], miraban las láminas y fingían conocer el griego y el latín (*Vagatelas* 33).

En su *Pronóstico* para el año 1765, Torres Villarroel incluía entre los curiosos a gente de letras vergonzante al estilo del Don Hermógenes moratiniano,

> pelambrones, hambreagudos, pelones y pegotes, copleros de antubión, y eruditos desdichados, que no encuentran sobre toda su ciencia equívocos y recancanillas, una holla de callos, con que acallar la sarna perruna de su estómago. Y entre otras calañas de zurramangones, perdularios, rotos y raídos, que con el mal nombre de Ingenios andan por Madrid abizorando bolsas, y meriendas (Torres Villarroel, 12).

A lo menos desde fines del siglo XVIII, los libros se anunciaban en carteles pegados por las esquinas, por lo que «componen una historia viva de nuestra literatura actual, porque entonces se vuelven a anunciar muchas obras atrasadas […] y se publican también otras de nuevo; se sabe que los libros no se venden mal en este tiempo» (*Vagatelas,* 30). Villalba, en 1790, se refiere despectivamente a montones de volúmenes, a dos pesetas, entre los que vio *Rasgos evangélicos*, un sermonario que con estilo gerundianamente barroco comenzaba así: «Escritores hubo que supieron lo que escribieron pero San Agustín no supo lo que se escribía». Junto a ellos, buena cantidad de obras de medicina, de leyes y de filosofía escolástica, que ya no enseñaban nada por lo anticuado de sus métodos y sus doctrinas, (y de los que todavía vemos hoy algunos, encuadernados en pergamino o en pasta española, en los puestos de la cuesta de Moyano), así como viejos libros de cocina, formularios, guías atrasadas, tratados, memorias y folletos que acaso tampoco interesaron cuando fueron nuevos, y que «se daban a cuatro cuartos, chico con grande».

A vueltas con las imágenes de santos sin cabeza y las sillas desvencijadas, Mesonero vio perdidas en el anonimato de los libros viejos, descabalados y sin valor, las obras de Locke, de Fenelon, de Luis Valladares y Sotomayor, de Metastasio, de Cervantes, de Belarmino, las *Soledades de la vida* de Cristóbal Lozano, y el popularísimo *Bertoldo* de Della Croce. *Vagatelas* menciona que de cuando en cuando era posible hallar alguna «vieja y antigua edición de la *Odisea* de Homero, en griego» (*Vagatelas*, 31), y

el mismo autor lamentaba, con cierta ironía, «Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros días, cuyos recientes anuncios ablandan aun las esquinas de la capital, yacían en aquel *osario* heridas de prematura y no sospechada muerte!.» (Mesonero Romanos, «Las Ferias», 117).

En *Ropavejero* Leandro encuentra a la joven Celia leyendo *Clarisa* en inglés y el autor, por boca de éste, advierte que es la lectura favorita de las jóvenes aunque «algunos pretenden que [las novelas] son dañosas, sobre todo para las imaginaciones vivas, para los corazones sensibles, dan ideas muy equívocas del mundo» pero Celia excluye las novelas morales como *Eusebio, Adela y Teodoro* y *Las veladas de la quinta*. En el período que estudiamos aquí, este tipo de novelas alcanzó gran difusión: el *Eusebio* y otras novelas de Montengón se reimprimeron con frecuencia hasta mediar el siglo XIX, popularísimas fueron también las obras de Madame de Genlis, la autora de *Adela y Teodoro, o Cartas sobre la educación*, cuya primera traducción castellana por Calzada vio luz en 1782, y de *Veladas de la quinta o novelas e historias sumamente útiles para las madres de familia,* traducida por Fernando de Gilleman en 1788. Atestigua la «difusión prodigiosa de su obra» en España gran cantidad de ediciones y, según Montesinos, Madame de Genlis «Debió de ser uno de los autores más leídos en la primera mitad del siglo XIX, y no solo por públicos timoratos y de gustos anticuados» (Montesinos, 22). En la misma línea están *Las tardes de la granja (*traducida en 1798) de Ducrai-Duminil, y de difusión más tardía, las *Novelas morales*, de Marmontel. Por su parte, Samuel Richardson fue un autor muy traducido y muy de moda en los últimos años del XVII, y a él se deben, entre otras cosas, *Clarisa Harlowe* y *Pamela Andrews*, traducidas ambas en 1794-95.

Conocida es la oposición a las novelas que mostraron la Iglesia y el Estado, tanto por su falta de utilidad como por constituir una amenaza a la moral y a las buenas costumbres. En 1799 una providencia del Consejo, citada por Montesinos, vedaba imprimirlas pues

> lejos de contribuir a la educación e instrucción de la nación, solo sirven para hacerla superficial y estragar el gusto de la juventud, aficionándole a aventuras amorosas y lances caballerescos [….] todas las obras de esta especie están llenas de enamoramientos y galanterías; lo que puede perjudicar a las buenas costumbres de la gente joven, particularmente a las señoritas, que suelen ser los únicos libros que traen entre manos (Montesinos, 38).

Sin embargo, se leía mucha literatura extranjera, principalmente francesa o traducida de otras lenguas al francés. Los españoles educados, leían directamente en esta lengua, y muchos de ellos tradujeron aquellas obras al castellano con mejor o peor fortuna. La mayoría de los libros de

moda llegaban de Francia, muchos ya traducidos al castellano e impresos allí. En España se traducía todo tipo de obras, y como la producción indígena era bastante pobre, tantas y tan malas traducciones provocaron las censuras de los críticos para quienes bastardeaban y corrompían la lengua patria.

Habrá que tener en cuenta que los libros y los autores del siglo anterior continuaron imprimiéndose abundantemente en el XIX, por lo que muchos de los autores traducidos no eran nuevos sino rezagados (Montesinos, 45). Entre ellos destaco aquel género de «novelita sentimental, relato de casos singulares de generosidad, de abnegación, de constancia, de ternura; falsas –e imposibles– anécdotas prolijamente referidas», al decir de Mesonero, cuyos protagonistas eran «las sensibles parejas Fulano y Zutana, los *Amantes* desgraciados y los dichosos» (*Memorias de un setentón,* 117). Así, *Maclovia y Federico o las minas del Tirol* (1816. Las fechas son las de las traducciones), *Maria y Fedor* (1817), *Zunilda y Florvel* (1820), y muchas más. *Pablo y Virginia*, de Bernardin de Saint-Pierre, traducido por primera vez en 1798 se imprimió tantas veces y llegó a ser tan popular que reapareció en los romances de ciego. Para Montesinos fue «uno de los libros que más contribuyeron al primer romanticismo, uno de los mayores estímulos de la nueva sensibilidad» (Montesinos, 25).

Con la mayoría de los escritores españoles en la emigración durante la «Década Ominosa« estas novelitas constituían buena parte del material de lectura disponible, aparte de otras obras que trataban de «los castillos góticos, los espectros y fantasmas en galería […] las visiones y las aberraciones» escribía Mesonero, refiriéndose sin duda a la conocida *Galería de espectros y sombras ensangrentadas*, de Agustín Zaragoza y Godínez, así como a las novelas góticas, cuya moda llegó tarde a España; entre las de Mrs. Radcliffe, se tradujeron *El italiano, Los misterios de Udolfo* y varias más, que siguieron imprimiéndose hasta mediados del XIX.

Pero a pesar de las trabas que ponían la Iglesia y el Estado a la introducción de obras peligrosas, parece que los libros prohibidos se leían bastante, y Rousseau, Voltaire y Diderot fueron traducidos en España a partir de la época liberal, aunque casi siempre se imprimieran en Francia (Montesinos, 20). En sus *Memorias* (404) Mesonero atestigua que durante la «Ominosa Década», la juventd del día,«sobreexcitada por las persecuciones y anatemas, leía con avidez, por espíritu de oposición o resistencia las obras de Voltaire y Diderot, las novelas de Pigault Lebrun y *El baroncito de Foblas* [sic]. Y lamentando las preferencias del público por la literatura extranjera en detrimento de la española, "El Curioso Parlante" destaca el atractivo aspecto de los libros franceses, que «por lo acomodaditos y de diversos colores, me dieron a entender desde luego su

patria, y hallando en las Ferias uno de Voltaire, «que gradué al instante de impío y digno de la santa mano del mismo Torquemada», concluye humorísticamente que renunció a comprarle cuando le pidieron por él 20 reales (Mesonero, 32).

Las Ferias, concebidas como un lugar para comprar y vender mercancías diversas atraían, además de quienes iban a negociar, a una multitud de personas de clases sociales muy diversas que llegaban a contemplar el colorido espectáculo que ofrecían, a pasear al aire libre, a ser vistas luciendo sus mejores galas, y a criticar las de sus conocidos. No podían faltar entre ellos quienes contemplaban el espectáculo y el comportamiento de unos y otros para sacar conclusiones. Estas nos revelan tanto el interés por la sociedad del día y el pintoresquismo propio del escritor de costumbres como el afán reformador del moralista. «Yo contemplo con gusto y complacencia la industria y aplicación de los que venden y compran, –escribe el autor de *Vagatelas*– ¿Pero podré dexar de observar a el mismo tiempo la insaciable avaricia, la mala fe, el engaño y el fraude que reyna en el corazón de muchos?» (*Vagatelas,* 16-17). El narrador de *El viaje de un curioso por Madrid* contempla los diarios afanes de sus convecinos, y sus comentarios son los propios del estudioso de las costumbres. Un desocupado amigo, quien «anda siempre averiguando vidas ajenas» ejerce el papel de «Cojuelo» y promete llevarle «adonde puedas observar las resultas de las Ferias, esto es, algunos de los muchos fraudes que se han cometido en ellas, y otros abusos dignos de tu pluma satírica». Y semejante papel asume Mesonero Romanos cuando muestra la Corte a «un Provinciano» y concluye que «Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional» («Las Ferias», I: 115-118). Antonio Neira de Mosquera en su libro *Las Ferias de Madrid. Almoneda moral, política y literaria* recogió diversos artículos con títulos como «Biografía de una silla» o «Suspiros de un guardapelo», en los que relataba con propósito moralizador las vicisitudes de estos objetos hasta acabar en los puestos de la feria.

En su «Introducción», el anónimo autor de *Vagatelas* considera lo más apropiado para «divertir y entretener (no me atrevo a decir instruir) […] una pintura de la Feria, mirada de diversos modos, y exactamente analizada» pues «merece la atención del Filósofo que medita y observa sobre todo». El *Ropavejero* está dedicado «A los jóvenes» para que «divierta, agrade y recree, pero sobre todo es necesario que instruya, que enseñe y corrija» (*Ropavejero*, 3), y advierte que no se hallará en él «cosa que pueda corromper las costumbres, ni trastornar la razón».

Las ferias ocupan aquí un lugar muy secundario pues cuenta la historia de un inexperto joven quien, siguiendo los consejos de un falso amigo, se

entrega a terribles vicios, que el autor nunca llega a explicar en qué consisten. Pero el alma sensible del joven y el amor de la bella y virtuosa Celia le devuelven al buen camino[12].

Para algunos autores las Ferias y el animado ambiente que las acompaña sirven de fondo en novelas como *Jacinto*, para un enredo folletinesco como en el melodrama de Narciso Serra, para la observación de las costumbres contemporáneas, y las reflexiones de los moralistas. De este modo, unos describieron las ferias como espectáculo, otros las vieron de manera humorística, varios estudiaron sus aspectos positivos contraponiéndolos a los negativos, dieron ocasión a algunos para filosofar y, especialmente sirvieron a los moralistas para mostrarlas como aleccionador ejemplo de lo engañoso de las apariencias, la vanidad de las vanidades, lo inexorable del olvido y las veleidades de la fortuna.

Mesonero vio un caballero que compraba a una joven un lote de muebles y vestidos del mejor gusto que habían pertenecido a una cantante italiana cuyo contrato había terminado, e intencionadamente comenta que «no pudimos menos de conocer que aquella empezaba entonces su *contrata*, aunque de distinto género» («Las Ferias», 115), y el mismo cuenta cómo encontró tirado por el suelo y sucio el retrato de un amigo que antaño fue rico y poderoso («El retrato», 136-146). Manuel Ortiz de Pinedo, creyó reconocer el «corsé [que] hizo esbelta a la jorobada Antonia, cuyo talle ponderaban tanto sus amantes porque tenía treinta mil pesos de dote […] el rizo que «se halló sobre el cadáver de un suicida y una prostituta acaba de reconocerle por suyo» (Ortiz, 325-326). Y Pedro Antonio de Alarcón extremaba esta visión tremendista de las ferias: «Pasemos con los ojos cerrados y las narices tapadas por delante de los puestos en que se hallan a la venta las ropas lavadas del que murió en el hospital, la ropa perdida por el jugador, la ropa execrada que llevó un ahorcado y la ropa ensangrentada del suicida desconocido»(58).

Pero la visión más desolada de las ferias, propia del más exacerbado barroco, es la del autor de *Vagatelas*, quien morbosamente vaticina el fin de quienes se muestran hoy lozanos y alegres:

> Estas Damas, cuya hermosura y delicado adorno llama la atención de todos los que las ven serán dentro de un instante un depósito de asquerosos gusanos, de corrupción y podredumbre. El pasajero huirá lejos de ellos, no pudiendo sufrir el

12. La historia de Leandro y Celia es tan sentimental como didáctica pues, a raíz de su matrimonio, el protagonista se convierte en un modélic hombre de bien ilustrado. Retirado en su aldea, perdonó a sus vasallos las deudas, socorrió a los necesitados, y dotó a las doncellas pobres. Leandro fue un ciudadano y un padre de familia ejemplar, y en aquella vida retirada halló más felicidad que en los placeres de la Corte (*Ropavejero)*.

> hedor que despedirán de sí […] Las doradas carrozas, los costosos equipajes confundidos entre el cieno y la inmundicia, solo presentarán un montón de podridos y apolillados maderos, y de hierros cubiertos de moho y ollín [sic]… «Aquella Dama cuya robustez la anunciaba una larga vida, morirá en un minuto de un accidente apoplético […], la hallarán expuesta sobre el féretro, pálida, desfigurada y horrorosa, cubierta de un tosco sayal (*Vagatelas,* 53-54).

Ortiz de Pinedo se preguntaba «Si existiese todos los años una feria moral, ¿qué de interesantísimas escenas no veríamos a cada paso? Aquí una mujer nos vendería su inmaculada honradez en dos reales, allá otra su postiza hermosura en diez cuartos, acullá un poeta nos daría su inmortalidad por un panecillo. Este nos daría su fidelidad política al fiado, aquel pregonaría su probidad de balde, y políticos habría que vendiesen su reputación hecha girones para cortinas de las ventanas de las rameras (Ortiz, 325-326).

Pero cuando escribía "El Curioso Parlante", las ferias habían perdido ya gran parte de su primitiva importancia comercial, la gente acudía principalmente a pasear, los mercaderes eran «tristes espectadores de un drama que no comprenden», y lo que en verdad se exponía eran las bellas jovencitas de 15 a 20, las jóvenes casadas, los gallardos mancebos, los hombres públicos «y las mujeres ídem» («Setiembre. Madrid en feria,» 300).

Para los moralistas, la Corte era una vez más un lugar de perdición, las apariencias eran engañosas, las pasiones y los vicios estaban presentes en todas las capas de la sociedad y los humanos buscaban en estas Ferias de las vanidades una felicidad ilusoria.

TEXTOS CITADOS

1585-1589, Lope de Vega, *Las ferias de Madrid*, comedia. Ed. de Alba V. Ebersole, Valencia: Gráficas Soler, Estudios de Hispanófila, 1977, 9-107.

Siglo XVIII, Anónimo, «Definición de las Ferias de Madrid en una Décima». [«Papeles curiosos manuscritos», Siglo XVIII. (h. 102r). Mss/10955, BNM].

1764, *Las Ferias de Madrid / Pronóstico diario de quartos de luna, y juicio de los acontecimientos naturales, y políticos de la Europa, para este año de 1765.* Por el Gran Piscator de Salamanaca, el Doct. Don Diego de Torres y Villarroel, del Gremio, y Claustro de la Universidad de Salamanca, y su Cathedrático de Prima, de Mathematicas, jubilado por el Rey N. S. Dedicado al Excmo. Señor Marqués de Villadarias, Inspector de la Caballería. En Madrid, por Andrés Ortega. Año de 1764.

1767, Ramón de la Cruz, *El mercado del lugar.* Madrid: Bailly-Bailliere, 1915, 2 vols., pp 390-396.

1773, Ramón de la Cruz, *Las resultas de la ferias*. Madrid: Bailly-Bailliere, 1915, pp. 391-397, 2 vols.

1790, Eugenio Villalba, *Visita de las Ferias de Madrid*. Por Don Eugenio Villalba. Con Licencia. En Madrid: Por Don Blas Román, Impresor de la Real Academia de Derecho Español y Público. Año de 1790.

1791, Anónimo, *Mis vagatelas, o las ferias de Madrid, mueble de moda, especialmente para las damas y petimetres literatos.* Con Licencia. Madrid en la imprenta de González MDCCLXXXXI [1791]. Se hallará en la Librería de Escribano, calle de las Carretas; en la de Arribas, carrera de San Gerónimo; y en el Puesto del Diario frente de Santo Tomás. Su precio dos reales.

1793, Anónimo, *El tiempo de ferias, o Jacinto en Madrid. Novela moral, en la que con motivo de pintar lo que ocurre en las ferias se manifiestan los peligros que rodean a los jóvenes y ricos en las cortes y poblaciones grandes.* Madrid: Ramón Ruiz, 1793.

1796, Desiderio Cerdonio*, El ropavejero literario en las ferias de Madrid. Obra tan útil como las más, y tan inocente como pocas*. Madrid: Villalpando, 1796.

1807, Eugenio de Tapia, *El viaje de un curioso por Madrid* (1807).

1816?, Francisco Gregorio de Salas, «Definición de las ferias de Madrid» en *Colección de los epígramas, y otras poesías críticas, satíricas y jocosas,* de Don…. Corregidas en esta tercera edición. Madrid: Por Repullés, 1816.

1832 a 1836, Ramón Mesonero Romanos, «Capitulo XII. Septiembre. Academia y Ferias» en *Mis ratos perdidos*. Primera época (1832 a 1836), *Obras*, I, pp.31-32.
1832, «Las Ferias» en *Escenas matritenses*. Serie I (Panorama matritense), *Obras,* I, pp.115-118 (1832 Oct.).
—. «Setiembre. Madrid en feria» en «Bocetos de cuadros de costumbres», «Un año en Madrid. De Santiago a San Juan» *Obras,* II, pp. 298-300.
—. «El retrato», pag.143ss. en *Escenas y tipos matritenses* (ed. Enrique Rubio), Madrid: Cátedra, 1993.
—. «Manual de Madrid», *Obras*, III, pp. 449.
—. «Memorias de un setentón», Joaquín Alvarez Barrientos y José Escobar, eds. Ramón Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón.* Madrid: Castalia, 1994, *Hispanic Review,* 65, núm.1 (Winter 97), 118-120
1845, Antonio Neira de Mosquera, «Las ferias de Madrid. Almoneda moral, politica y literaria» en *Las Ferias de Madrid. Almoneda moral, política y literaria* su autor/ D. Antonio Neira de Mosquera. Madrid: Establecimiento literario-tipográfico de P. Madoz y V. Sagasti, 1845, pp. 7-13. Edición facsímil, Madrid: Almarabu, 1984.
1852, Esteban Garrido, «Las ferias de Madrid», *El Universo Pintoresco*, 1852, No. 10.
1853, José González de Tejada, «Ferias de Madrid», *Semanario Pintoresco*, 1853, pág. 320.
1853, Manuel Ortiz de Pinedo, «Las Ferias de Madrid,» *Semanario Pintoresco*, 1853, pp.325-326.
1858, Pedro Antonio de Alarcón, «Las ferias de Madrid», *Cosas que fueron. Cuadros de costumbres*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1943, pp. 53-63.
1860, Emilio Mellado y Monsera, «Variedades. Las Ferias de Madrid», *La Discusión*, 9 Septiembre de 1860.
1878, Manuel Ossorio y Bernard, *Las Ferias* (en colaboración con Mariano Barranco y Caro). Madrid: Imp. de José Rodríguez, 1878.
1878, Narciso Serra, *Las Ferias de Madrid*. Zarzuela (en colaboración con J. Dot), 1878.

ESTUDIOS CITADOS

COSSÍO, José María de, *Cincuenta años de poesía española*, 2.
COTARELO Y MORI, Emilio, *Sainetes de don Ramón de la Cruz en su mayoría inéditos*. Madrid, Bailly-Bailliere, 1915.
FONTANELLA, Lee, «Peligros de Madrid» en *Poemas y ensayos para un homenaje*. Madrid, Tecnos, 1976.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «El pintoresco mundo de la calle o las costumbres del día en aleluyas», *Romanticismo, 6, Actas del VI Congreso. El costumbrismo romántico*. Roma, Bulzoni, 1996, pp. 171-178.

—. «Town *versus* country: the depiction of northern labourers in Madrid in the eighteenh and nineteenth centuries, *Galician Review*, 3-4 (1999-2000), 19-33.

HAIDT, Rebecca, «Luxury, Consumption and Desire: Theoring the Petimetra», *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, vol. 3 (1999), 33-50.

KANY, Charles E., *Life and Manners in Madrid 1750-1800*, Berkeley, California, U of California Press, 1932.

MONTESINOS, José F., *Introducción a una historia de la novela en el siglo XIX*, Madrid, Castalia, 1966.

SHAW, Donald L., «La pintura festiva, satírica y moral de las costumbres populares», *Romanticismo, 6, Actas del VI Congreso. El costumbrismo romántico*, Roma, Bulzoni, 1996, pp. 299-303.

MOLINA, Álvaro y Jesusa VEGA, *Vestir la identidad, construir la apariencia. La cuestión del traje en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2004.

VV. AA., Catálogo de la Exposición *Gallegos a Castilla. Segadores en Tierra de Campos*, Valladolid, Taller de la Imagen, 1999.